

pienso acerca de los Jesuitas. Una sola cosa le pido al benévolo lector, y es que no tenga reparo en contradecirme, siempre que sea oponiendo razones y hechos frente á los hechos y á las razones que aduciré en prueba de la verdad que defiendo.



I

Acusaciones contra los Jesuitas; muchedumbre y gravedad de ellas.

No hay delito alguno, por atroz que sea, que no le haya sido imputado á la Compañía de Jesús. Se la acusa de haber falsificado el dogma, corrompido la moral, renegado de Cristo, practicado la idolatría, desconocido todo género de virtudes, y propugnado todo género de vicios. Se la acusa de haber hecho la apología del hurto y de la mentira, de la blasfemia y del perjurio; de haber aguzado el puñal, y enseñado y puesto por obra el regicidio. Se acusa á sus hijos de envenenadores, de incitadores á la rebelion, de causadores de estragos; finalmente y para decirlo de una vez, échanle en cara los más horrendos crímenes que pueden

imaginarse y perpetrarse sobre la tierra. Y esto constantemente, añaden, y con un teson y perseverancia diabólica, y lo mismo en el libro que en el púlpito, en las obras de moral que en los tratados de dogma, en público y en secreto, y en donde quiera que ha sido establecida. Así lo declaran las *Provinciales* de Pascal, la *Monita secreta* y el gran Gioberti, quien, juntando en uno y copiando á los detractores de la Compañía, pasados y presentes, les ha quitado á los que estén por venir la esperanza de nuevas acusaciones.

Ahora bien: ¿no caen por su propio peso envueltas en el más vergonzoso ridículo semejantes acusaciones, en virtud de su misma gravedad y atrocidad? ¿Cómo han podido existir, durante siglos, en medio de la sociedad europea, y obrar tan perversa y desarrebzadamente esos hombres, sin que los Monarcas ni los Príncipes, los Pontífices ni los Obispos, ni los Magistrados, ni la policía reparasen y advirtiesen que se estaban cometiendo unos delitos tan públicos? Más toda-

via: ¿es cosa posible una sociedad como esa, entre los hombres? ¿Creeremos que todos, absolutamente todos los Jesuitas han sido malvados hasta el extremo de no haber ninguno que reprobase tan bárbaros crímenes, y revelase al mundo la horrible trama? Demás de esto, no han faltado nunca en la Compañía hombres de acendrada piedad; á no pocos elevó la Iglesia al honor de los altares; muchísimos hay que derramaron su sangre por Jesucristo, y á otros se les trata de canonizar. ¿Diremos que éstos tambien ocultaron la espantosa conjuración? Las sociedades secretas que se han fundado en este siglo, los libre-pensadores, los socialistas y nihilistas, las cuales son de ayer mañana, como quien dice, apenas se fundaron, fueron conocidas de la Iglesia, por los Gobiernos, por el pueblo, y se dijo lo que hacían; y nadie ignoró sus crímenes. Un sinnúmero de infelices que se hallaban afiliados á ellas, tornaron al buen camino, y revelaron el secreto de las conspiraciones: ¿cómo es que no ha sucedido otro tanto con los Jesuitas? La verdad, esta

es la mayor maravilla del mundo. Quien la crea posible, que se la trague él solo.

II

Las acusaciones contra los Jesuitas se contradicen mutuamente.

Vengamos ahora á la proscripcion de la Compañía. Para que la proscripcion tuviera visos ó apariencias de legalidad, era menester que se alegase una razon cualquiera. Con este motivo se inventaron varias acusaciones, las cuales, como veremos, son contradictorias entre sí, de donde resulta que unas á otras se destruyen.

De España fueron expulsados, porque teniendo un Instituto santo, dejaban de observar sus reglas: en Francia se les condenó, porque el Instituto era una cosa muy mala, si bien se concedía que ellos eran buenos. Y el Instituto, harto se comprende, era el mismo en todas partes, y quienes lo observaban

sollan ser tambien los mismos que á una señal ó aviso de los Superiores pasaban de un reino á otro.

Segun los escritores jansenistas de Port-Royal, la moral de los Jesuitas es laxa, corrompida y corruptora; Gioberti repite esta acusacion, pero al mismo tiempo asevera que la moral de los Jesuitas es demasiadamente rígida y estrecha, y que no se aviene con todas las sectas y opiniones.

Los Jesuitas son regicidas, conspiradores, enemigos de la autoridad; y juntamente se dice que son mantenedores del despotismo, opresores del pueblo, satélites de los tiranos, y que están vendidos á toda autoridad.

Los Jesuitas, exclama uno, no son religiosos, sino literatos; cualquier cosa menos hombres de Iglesia. No hay nada de eso, contesta otro; por más que lo busqueis, no se hallará un solo literato en la Compañía.

Los Jesuitas son retrógrados, y, á ser posible, traerían de nuevo las hogueras y tormentos de la Inquisicion para castigar á los que no piensan cristianamente. ¡Cá! responde otro,

si los Jesuitas toleran la idolatría y no se inclinan mucho al Papa, ni son afectos á las Congregaciones de Roma, y además menosprecian y aun persiguen á la fe de Jesucristo.

El Jesuita adormece la conciencia, lisonjea al pecador, y vive á costa del bolsillo de éste; en cambio tenemos que Choiseul, ministro de Luis XV, y la célebre Pompadour arrojaron de Francia á los Jesuitas, so pretexto de que eran muy rígidos en moral. Y en nuestros mismos días, cuando una persona es temerosa de Dios y recatada en su conversacion y trato, guardadora de las leyes eclesiásticas, y que escrupuliza el asistir á las representaciones teatrales, se la apoda diciendo que es un jesuita, ó cosa por el estilo.

Cada Jesuita de por sí, separado de los otros, no se puede negar, decía el filósofo piamontés, que es una buena persona, pero todos los Jesuitas juntos son una peste y una plaga.

En Italia y Europa toda, el Jesuita es una maldicion que vicia y corrompe cuanto toca: la conciencia, la familia, la escuela, el púlpito;

mas en la India, se añade, en América y Oceanía, en suma, en otro polo y bajo otro meridiano, el Jesuita puede hacer grandísimo bien. Vaya usted ahora á conciliar tales acusaciones! ¿No es cierto que se vienen á la memoria aquellas palabras: *no estaban acordados en su testimonio*, que fueron dichas de los acusadores del divino Maestro? Quizá dirá alguno, que estas contradicciones se armonizan merced á las *alternativas ó proceso dialéctico*, hoy tan en boga; mas yo, que no entiendo esas filosofías, diré con Bayle, hombre nada sospechoso en esta materia: « Basta sólo publicar sin escrúpulo contra los Jesuitas lo que se quiera; que no faltará de seguro quien preste asentimiento á la acusacion.» Y d'Alembert escribía regocijado: « Estas acusaciones parecían contradictorias, pero no se trataba de decir la verdad, sino de decir de los Jesuitas lo peor que pudiera concebirse.» Acabaré con estas palabras del Espíritu Santo: *La iniquidad se ha desmentido á sí misma.*

III

*De cómo se explican las acusaciones contra
la Compañía.*

Voy á dar la explicacion de estas contradicciones. El lector juicioso verá si estoy en lo cierto ó no.

Como los Jesuitas se ocupan en la enseñanza, en la predicacion y demás ministerios espirituales que exige su Instituto, hubieron de encontrarse frente á frente de los errores y desenfrenadas costumbres de estos tres últimos siglos; y como quiera que se esforzaban á combatirlos lo más eficazmente que podían, acaeció que se alzaron contra ellos toda suerte de enemigos y detractores. En el siglo xvi combatieron el protestantismo, y, como es natural, se atrajeron el furor y los odios de las varias sectas en que se hallaba dividido. Echaron de ver, por ejemplo, que ciertos aduladores de los príncipes arruinaban los

tronos, no con la revolucion, sino con las extremadas lisonjas, poniendo en labios del supremo imperante aquellas palabras: *Francia soy yo, España soy yo, Portugal soy yo*; pues los Jesuitas enseñaban que el Príncipe no era Portugal, ni España ni Francia; que era ciertamente el regidor y gobernador de un pueblo; pero que debía rendir cuenta de su Gobierno al Rey de cielos y tierra; con lo cual se atraían las iras de los cortesanos y del Príncipe. Y por el contrario; cuando más adelante vieron que los revolucionarios minaban el trono, negando la verdadera y legítima autoridad de los Príncipes, ellos recordaron al pueblo que se ha de obedecer por conciencia á los Príncipes, aunque sean díscolos; y con esto merecieron que los revoltosos y perturbadores los maldijesen. Igualmente, cuando surgió la dolosa y pérfida secta de los jansenistas, la cual, so color de piedad, y pretextando honrar más profunda y verdaderamente á Jesucristo y promover á la penitencia, alejaba á las almas de Dios y de los Sacramentos, decían los Jesuitas que

los Sacramentos han sido hechos para los hombres, y que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y salve, y entonces contrajeron fama de relajados. Y se les llamó falsos devotos, hipócritas y fanáticos porque reprendían y se afanaban por desengañar á los que, haciendo gala de llevar el nombre de cristianos, ni observaban las leyes eclesiásticas, ni vivían como tales. Cuando sostuvieron que habia una autoridad más alta que la del Príncipe, á saber, la del Soberano Pontífice y la de la Iglesia, se concitó contra ellos la turbamulta de los regalistas y adoradores del Dios-Estado, quienes los acusaban de perturbadores y revoltosos y rebeldes. Dejó establecido y ordenado San Ignacio que los Jesuítas se consagrasen á la enseñanza de la juventud; por esto se fundaron en toda Europa gran número de colegios y academias. Mas como esto contrariaba los planes de los Gobiernos y de la francmasonería, se procuró desprestigiar la instruccion que daban los Jesuítas en sus colegios, disponiendo y facilitando de esta manera el camino para que en

su día la violencia se encargase de hacer lo que deseaban y predicaban los enemigos de la Compañía.

Si los Jesuítas fundaban Congregaciones de hombres y mujeres, de obreros, de negociantes, de señores y de gente del pueblo, y daban misiones en las ciudades y en los campos, luego se desataban contra ellos las iras de los enemigos de la Religion, los cuales no pudiendo sufrir que se reformasen las costumbres y se encendiese y arraigase la piedad en los corazones, vociferaban diciendo que era pura supersticion y fanatismo el santo apostolado de los Jesuítas. Cuando éstos en las misiones extranjeras protegían los intereses de los neófitos, defendiéndolos contra la rapacidad y avaricia de aquellos que hubieran querido robarlos á mansalva, se los motejaba apellidándolos políticos, mercaderes y no sé qué otras cosas más. Su ministerio les hacía acudir solícitos adonde quiera que se los llamaba, é iban desde la corte hasta la galera; pues esto fué lo bastante para formular nuevas acusaciones. En suma, la variedad de los

ministerios en que se ejercitaban, fué ocasion de que se inventasen las más opuestas calumnias cuya contradiccion manifiesta y evidente demuestra por modo clarísimo su intrínseca vanidad y falsedad. Yo digo que á los Jesuitas les ha sucedido punto por punto lo que ya anunciaba el divino Maestro: «Os envío como á ovejas en medio de lobos; como me han perseguido á mí, os perseguirán á vosotros, que no ha de ser el discípulo más que el Maestro.» Y tú, lector, ¿qué dices á esto?

IV

De dónde proceden las acusaciones contra la Compañía.

Considerando atentamente el origen de las susodichas acusaciones, veremos cómo ellas se convierten en una apología de la Compañía de Jesús, y hasta en un hermoso y magnífico elogio, el mejor que pueda hacerse de cualquier instituto religioso.

Cuanto en los últimos tres siglos han combatido á la Iglesia, á los Príncipes, á la Religión, á la moral, otros tantos fueron los enemigos conjurados de la Compañía de Jesús. Los protestantes del siglo xvi la persiguen á muerte. Calvino decía: «O matarlos ó calumniarlos.» Consejo seguido al pié de la letra por la reina Isabel de Inglaterra, que los mandaba descuartizar; por los hugonotes, que los ahorcaban en Francia; por los holandeses, que los perseguían y exterminaban por mar y tierra. Y en nuestros mismos tiempos, el fantasma más terrible para un protestante, es el Jesuita. Nace más tarde como derivacion calvinista el jansenismo, herejía miserablemente hipócrita, que con máscara de piedad se insinuaba secretamente en los corazones de los fieles, y los pervertía, casi sin sentirlo ellos mismos. Esta herejía persiguió ferozmente á los Jesuitas, como lo dice el solo recuerdo de Arnaud, Pascal, Nicole, Quesnel, etc., y de sus secuaces Tamburini, Zola y hasta los padres del herético sínodo de Pistoya. Agréguese á estos los Parlamentarios y los rega-

listas, Febronio, Van-Espen, Pombal, Choiseul, Aranda, enemigos todos ellos de la Santa Iglesia, á quien hicieron derramar tantas lágrimas, y enemigos á la par de la Compañía, á la cual persiguieron de infinitas maneras. Los Parlamentarios abrieron el camino á los filósofos de la Enciclopedia, que abominaban de la Religion, y procuraban destruirla al grito de *aplastemos al infame*. Estos se valieron de la calumnia, de la diatriba sangrienta, del libelo, de la propaganda activa y eficaz, para exterminar á los Jesuitas.

Hoy día, ¿quiénes son los mayores enemigos de la Compañía? Yo ruego al lector que eche una ojeada por Europa. En Alemania es su mayor enemigo aquel Gobierno tiránico que con leyes incúas oprime á los Jesuitas juntamente con las otras Órdenes religiosas; que encierra en prisiones á los sacerdotes seculares, y condena y multa á innumerables fieles y encarcela y destierra Obispos; en fin, aquel Gobierno que es un Nerón para con la Iglesia de Cristo. En Francia, ¿quiénes han cerrado los colegios de Jesuitas? Los maso-

nes, que absolvieron á los asesinos é incendiarios de la *Comune*, que enseñan el ateísmo en las escuelas, que privan á la infancia de los Hermanos de la Doctrina cristiana, y á los hospitales de las Hermanas de la Caridad, y al ejército de sus capellanes; son esos mismos masones que arrancarían, si pudiesen, á Dios de la conciencia, y á Jesucristo del corazón de Francia. De Italia no hablo, porque todos saben cuáles son en ella los enemigos de la Compañía. La Revolucion ha traído á Francia cuanto fraguaba en los conventículos de carbonarios, masones y libre-pensadores, y el Gobierno ha recogido la flor y nata de ellos en el Congreso y en el Senado. ¿Cómo éstos han de ser amigos de los Jesuitas? Los perseguirán todo lo que puedan. Y en la Universidad, ¿quiénes son los enemigos de la Compañía? Los profesores revolucionarios, los que enseñan doctrinas inmorales é irreligiosas; testigos Michelet, Guizot, etc. De los periódicos, aquellos que injurian á la Iglesia, al Papa, á la Religion, al pudor. De la juventud, los que están vendidos en alma y cuerpo á las sectas, y

han perdido toda religion, y se entregan en brazos de los deleites carnales. Y si por ventura habeis conocido algun sacerdote ó religioso enemigo de los Jesuítas, es seguro que habeis observado que es uno de esos sacerdotes (extraña casualidad) que andan siempre contendiendo con la curia episcopal; ó uno de esos frailes á quienes pesa el hábito, y juzgan más cómodo el desconocer los méritos ajenos que el adquirir propios méritos. Pero se hallan algunas personas que no son muy desafectas á la Religion, las cuales dicen mal de los Jesuítas. Y bien, esto es cierto; pero ¿quién acabará con esa raza de hombres que piensan con cabezas ajenas y juzgan con el entendimiento de los otros, y repiten y propagan lo que han aprendido de esa manera? Por último, no falta alguna dama que rompa su lanza contra los Jesuítas; mas si deseais averiguar quién sea ella, no la busqueis entre las que tienen la debilidad de estar al cuidado de su familia, de su casa y criados; buscadla entre esas que bordan las banderas de las sociedades irreligiosas, y toman parte en las mani-

festaciones democráticas; entre esas, cuyos maridos son los más aventureros del mundo. En verdad que no creo le haga mucho agravio á los Jesuítas la enemistad de todos éstos, y aún me atrevo á decir que ¡ay de los Jesuítas! el día en que esta gente los alabase.

V

De cuán injustamente hayan sido condenados los Jesuítas.

Han sufrido destierros, cárceles y el despojo de sus casas y colegios; y para condenarlos de todas estas maneras no se han empleado nunca otras armas que la mentira, las más atroces calumnias y la violencia desapiadada y cruel. En vano pidieron y clamaron siempre los Jesuítas que se les formase é instruyese proceso antes de condenarlos; que no se les negase el derecho concedido á los ladrones, á los sacrílegos, á los asesinos y parricidas. En ellos se cumplió y cumple todavía

lo que escribe Tertuliano de los primitivos fieles: eran, dice, procesados, sentenciados y condenados no más sino porque llevaban el nombre de discípulos y seguidores de Cristo. En estos últimos años un ministro de Estado (en Italia) resucitó contra los Jesuítas la ley de sospechosos. La ley (habla el Sr. Ministro) *prohíbe la asociacion de los Jesuítas por el carácter especial de esta Orden, de sus doctrinas y tendencia, y asimismo considera legalmente sospechosos á los individuos que forman parte de ella.* ¿Has comprendido, lector? Trátase de *tendencias, de sospechas*; y se ha hecho una revolucion, porque faltaban pruebas ciertas y evidentes, en cuya virtud pudieran ser condenados en justicia. ¿Qué proceso se formó en Alemania para expulsar á los Jesuítas? Un decreto draconiano los arrojó fuera de sus casas y de su patria. En Francia hace muy pocos años que se suscitó contra los Jesuítas una discusion acalorada y ruidosa, la cual mantuvieron, no los Tribunales (que estos se hubieran guardado de ello), sino el Congreso, el Senado, los periódicos y alguno

que otro libro. De esta discusion, en que los más rabiosos sofistas de la masonería francesa se devanaron los sesos por hallar en la vida pública y privada de los Jesuítas el menor defectillo, un tilde, resultó que ni á la Compañía ni á ninguno de sus miembros se le podía imputar nada que se opusiera á la honestidad y á las leyes. Con todo eso era menester que fuesen cerrados sus colegios, porque enseñaban mejor y más barato que en los establecimientos oficiales, y porque infundían en el alma de los jóvenes el amor á Dios, á la familia y á la patria; amores enteramente contrarios á la política de los radicales.

Respecto de las acusaciones vagas ó no probadas contra los Jesuítas, suelen sacarse de libros de herejes ó incrédulos, siempre de escritos condenados por la Iglesia. Gioberti, por ejemplo, ¿qué es lo que ha dicho en cinco grandes tomos contra los Jesuítas? De su propia cosecha no hay más que declamaciones y alguna puerilidad; lo restante de su libro es copia fiel de los autores ya condenados de Port-Royal. Y en una *Biblioteca civil*

de los italianos, que vió la luz hace pocos años, repítense, y en perverso estilo, argumentos de los Padres que se alzaron contra la Iglesia en el conciliábulo pistoyense. Ahora es moda publicar todos los años un libreojo anti-jesuíta intitulado *Monita secreta*, y repararle con mucho secreto y misterio, como si fuese una prueba convincente de las maquinaciones de los Jesuítas. El tal libreojo es una fábula inventada por un hereje polaco, reconocida como calumniosa por sentencia del Nuncio Apostólico, de la Inquisicion de España y del Cardenal de la Santa Congregacion del Indice. Cuando se echa mano de tales armas en pro de una causa, ésta se halla perdida.

VI

Los Jesuítas y los Santos, desde la fundacion de la Compañía hasta nuestros tiempos.

Por el contrario: ¿quiénes son los amigos, los patronos y favorecedores de la Compañía de Jesús? A menos que los enemigos de ella

no se atrevan á destruir los monumentos y la historia, es fuerza que acepten este hecho: que los Jesuítas han tenido siempre y constantemente en favor suyo á las personas más ilustres por su santidad y sabiduría. Los Santos están en muy buenas condiciones para juzgar con acierto, porque su razon no se turba, sino que permanece serena en medio de las pasiones. Pues bien; nó hay un Santo que sea enemigo de los Jesuítas. Vaya un ejemplo. San Felipe Neri amó y estimó tanto á la Compañía, que deseó entrar en ella y se lo suplicaba á San Ignacio; y si no fué admitido, es porque Dios dispuso que los Jesuítas entendiesen que el Santo era llamado por otro camino. San Carlos Borromeo elegía entre estos sus directores espirituales; les franqueaba las puertas de sus casas y colegios en Milan, y hasta llegó á morir en brazos de Jesuítas, habiéndoles mostrado siempre cariñoso afecto.

San Cayetano tambien profesó muy singular amor á la Compañía, como lo testifican dos autores de su vida. De San Juan de Dios